

arqueología mexicana M.R.

arqueologiamexicana.mx

Colores,
olores,
sabores...
TRADICIÓN

La comida oaxaqueña

De la época prehispánica a la actualidad
PRÁCTICAS ALIMENTARIAS Y CULINARIAS
GASTRONOMÍA Y RITUALIDAD



7 503029 243449 00173
Exhibir hasta mayo/10/22
VOL. XXVIII-NÚM. 173 \$ 98

A 500 AÑOS ASEDIO, CAÍDA Y DESTRUCCIÓN DE TENOCHTITLAN

YOLLOTLICUE, UN GRAN MONOLITO MEXICA

UN PEZ EN XOCHICALCO

ANECDOTARIO arqueológico PREMIO INTERNACIONAL "HUGO GUTIÉRREZ VEGA"

arqueología MEXICANA

arqueologiamexicana.mx

SECRETARÍA DE CULTURA

Secretaría | Alejandra Frausto Guerrero

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Director General | Diego Prieto

EDITORIAL RAÍCES, S.A. DE C.V.

Presidente | Sergio Autrey Maza

ARQUEOLOGÍA MEXICANA

Directora

Editor

Jefe de Redacción

Jefe de Diseño

Investigación iconográfica

Editor Web

Archivo de imagen

Asistencia de diseño

Asistente editorial

María Nieves Noriega de Autrey
Enrique Vela
Rogelio Vergara
Fernando Montes de Oca
Aline Gallegos Méndez
Daniel Díaz
José Cabezas Herrera
Carlos Alfonso León
Ana Cecilia Espinoza

Comité Científico-Editorial

Alicia M. Barabas, Alfredo Barrera Rubio, Eduardo Corona Martínez, Ann Cyphers, Leonardo López Luján, Eduardo Matos Moctezuma, María Nieves Noriega, Xavier Noguez, Nelly M. Robles García, David Stuart, María Teresa Uriarte Castañeda, Gabriela Uruñuela Ladrón de Guevara

Consejo de Asesores

Ricardo Agurcia Fasquelle, Anthony Andrews, Bárbara Arroyo, Juan José Batalla Rosado, Elizabeth Boone, Johanna Broda, David Carballo, David Carrasco, Luis Jaime Castillo, Robert Cobean, Ma. José Con, Ximena Chávez Balderas. Véronique Darras, Davide Domenici, William L. Fash, Gary M. Feinman, Kent V. Flannery, Rebecca González Lauck, Nikolai Grube, Norman Hammond, Kenneth Hirth, Peter Jiménez, Sara Ladrón de Guevara, Luis Alberto López Wario, Diana Magaloni, Linda Manzanilla, Joyce Marcus, Simon Martin, Dominique Michelet, Katarzyna Mikulska, Mary E. Miller, Luis Millones, Lorena Mirambell, Joseph B. Mountjoy, Carlos Navarrete, Jesper Nielsen, Guilhem Olivier, Ponciano Ortiz, Edith Ortiz Díaz, Grégory Pereira, Rosa Reyna Robles, José Rubén Romero, Maricarmen Serra Puche, Ronald Spores, Ivan Šprajc, Barbara Stark, Saburo Sugiyama, Javier Urcid, Elisa Villalpando, Marcus Winter

Consejo Científico

Fundador

Joaquín García-Bárcena, Alejandro Martínez Muriel, Alba Guadalupe Mastache Flores, Enrique Nalda

**Coordinadora del dossier
de este número**

Nelly M. Robles García

EDITORIAL RAÍCES, S.A. DE C.V.

Directora General

Director General Adjunto

Ventas de publicidad

Circulación

Información, ventas

y suscripciones

Correspondencia

María Nieves Noriega de Autrey
Miguel Autrey Noriega
Ana Lilia Ibarra
María Eugenia Jiménez
Tel. 55 5557-5004, Exts. 5120 y 5232, 800 4724-237,
suscripciones@raices.com.mx
Editorial Raíces, S.A. de C.V., Boulevard Manuel Ávila Camacho 67 D1, Bosque de Chapultepec, 1 Sección, C.P. 11580, Miguel Hidalgo, Ciudad de México.
Tel. 55 5557-5004, Ext. 6800.
contacto@arqueologiamexicana.mx

©Arqueología Mexicana, número 173, marzo-abril de 2022, es una publicación bimestral editada y publicada por Editorial Raíces / Instituto Nacional de Antropología e Historia. Editora responsable: María Nieves Noriega. Certificado de Licitud de Título núm. 7593, Certificado de Licitud de Contenido núm. 5123, expedidos en la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación. Registro postal núm. PP09-0151, autorizado por Sepomex. Registro núm. 2626 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Reserva de uso de título núm. 1938-93. Issn 0188-8218. Preprints e impresión: Impresora y Editora Infagon, S.A. de C.V., Alcaicería 8, Área Federal Central de Abastos, Ciudad de México, tel. 55 5640-9265. Distribución en la Ciudad de México: Unión de Voceadores y Expendedores del D.F., Despacho Guillermo Benítez Velasco, Av. Morelos 76, Col. Juárez, Ciudad de México, C.P. 06200, tel. 55 5703-1001. Distribución en los estados y locales cerrados: ALFESA COMERCIALIZACIÓN Y LOGÍSTICA, S.A. DE C.V., Corona 23, int. 1, Col. Cervetera Modelo, Naucalpan de Juárez, Estado de México, CP. 53330.

La presentación y disposición en conjunto y de cada página de Arqueología Mexicana son propiedad del editor. Derechos Reservados © Editorial Raíces, S.A. de C.V. / Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, por cualquier medio o procedimiento, del contenido de la presente obra, sin contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor, en términos de la legislación autoral y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables, la persona que infrinja esta disposición, se hará acreedora a las sanciones correspondientes.

La reproducción, uso y aprovechamiento por cualquier medio de las imágenes pertenecientes al patrimonio cultural de la nación mexicana, contenidas en esta obra, está limitada conforme a la Ley Federal Sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, y la Ley Federal del Derecho de Autor; su reproducción debe ser aprobada previamente por "El INAH" y "La editorial". No se devuelven originales. No se responde por materiales no solicitados. El contenido de los artículos es responsabilidad de los autores. Hecho en México.

Arqueología Mexicana es una revista escrita por profesionales de la arqueología, la historia, la antropología, la lingüística y otras ciencias afines.

Todas las contribuciones son arbitradas por pares.

ISSN 0188-8218





REVISTA BIMESTRAL
Marzo-abril de 2022
Vol. XXIX, núm. 173
Tejatera de San Andrés
Huayapam, Oaxaca.
Foto: © Eric David Torres,
IG: @tledavid

La comida oaxaqueña



34 LA COMIDA DE OAXACA VIDA Y RITUALIDAD DE UN PUEBLO REFLEJADA EN SUS SABORES

Nelly M. Robles García

Este número de *Arqueología Mexicana* ofrece una visión sobre las antiguas tradiciones culinarias en las regiones de la Mixteca Alta, la Costa y el Valle de Oaxaca. El presente artículo general ofrece un marco regional y temporal a los artículos que se presentan acerca de esas tradiciones, los cuales abordan nuevos hallazgos arqueológicos y estudios etnográficos sobre costumbres, ingredientes y parafernalia asociada a la comida en esta importante región mesoamericana.

42 EL TEJATE A TRAVÉS DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Daniela Soleri, María del Carmen Castillo Cisneros,
Flavio Aragón Cuevas, David A. Cleveland

La familia ancestral de bebidas mesoamericanas que mezclan maíz y cacao incluye al tejate, elemento distintivo de la vida y cultura zapotecas del Valle Central de Oaxaca. El tejate persiste en el Valle Central y se ha expandido a Oaxacalifornia.

50 GASTRONOMÍA MIXTECA RITUAL E IDENTIDAD EN TUTUTEPEC (YUCU DZAA)

Marc N. Levine

Tututepec fue uno de los centros del Posclásico Tardío más relevantes de Oaxaca. Estudios recientes de restos de plantas y huesos de animales recuperados en las excavaciones de las casas comunes permiten reconstruir la dieta y la cocina del sitio.

54 PRÁCTICAS ALIMENTICIAS Y CULINARIAS EN LAS CIUDADES ANTIGUAS DE OAXACA

Verónica Pérez Rodríguez, Gilberto Pérez Roldán

En las ciudades se llevaban a cabo festividades y festines que daban a la gente común la oportunidad de consumir guisados, algunos con carne, que a su vez servían para fomentar y asegurar la solidaridad política y social que se requiere para construir y sostener una ciudad.

58 ESTATUS Y RITUALIDAD EN EL CICLO GASTRONÓMICO DE SANTA MARÍA ATZOMPA UNA MIRADA HACIA SU PASADO PREHISPÁNICO

César Dante García Ríos, Nelly M. Robles García

En Santa María Atzompa se han realizado investigaciones etnoarqueológicas sobre la gastronomía actual y su estrecha relación con la dinámica sociopolítica y religiosa.

ARQUEOLOGÍA

12 La Yollotlicue

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN

Leonardo López Luján

La información sobre el monolito mexica de la diosa con falda de corazones es escasa, fragmentaria e incluso contradictoria. Aquí se publican textos poco conocidos y se dan a conocer imágenes inéditas que arrojan luz sobre su biografía cultural.

24 Redescubriendo una escultura de pez de Xochicalco, Morelos

Claudia I. Alvarado León, Eduardo Corona-M.

El hallazgo en Xochicalco de una escultura de un pez en gran formato no fue considerado una evidencia común y nos motivó a reflexionar sobre su interpretación contextual y cultural.

30 Tras las huellas de don Ignacio...

Eduardo Matos Moctezuma

Hay personajes que dejan huella en la historia de la disciplina que profesan. Es el caso de don Ignacio Bernal y García Pimentel. Este texto rinde merecido reconocimiento a quien fuera maestro de muchas generaciones de arqueólogos.

72 Maternidades políticas

ANÁLISIS DEL HALLAZGO DE UNA OFRENDA FEMENINA EN TEOTIHUACAN

Jaime Delgado Rubio

En 1997 se localizó una importante ofrenda cerámica con más de 72 objetos, entre los cuales destacaron 34 figurillas de arcilla que representan únicamente a mujeres, ya sea sentadas o paradas, pero siempre elegantemente vestidas con huipiles, collares y tocados.

80 Manifestaciones gráfico rupestres en Atzala, Guerrero

Lorena Medina Martínez

En el presente artículo se abordarán algunos ejemplos de sincretismos religiosos que quedaron plasmados en la gráfica rupestre que se encuentra en la población de Atzala, municipio de Taxco, en Guerrero.

A 500 AÑOS

64 Asedio, caída y destrucción de Tenochtitlan

UNA MIRADA DESDE LAS FUENTES

Raúl Barrera Rodríguez

El 8 de noviembre de 1519, fecha del encuentro de dos civilizaciones y dos formas de pensar diferentes, da inicio el principio del fin de la poderosa ciudad imperial de Tenochtitlan, que concluye con la posterior caída de Tlatelolco el 13 de agosto de 1521.



8 Noticias

8 Reseñas

9 Documento

OTRA VEZ EL QUINTO SOL

Xavier Noguez

86 Los pueblos originarios hoy

LOS PUEBLOS
INDÍGENAS FRENTE A LOS
MEGAPROYECTOS (PARTE II)

Alicia M. Barabas

88 Lo que guardan los antiguos libros

SERES DE LLUVIAS
Y TORMENTAS

Manuel A. Hermann Lejarazu

90 Anecdótico arqueológico

PREMIO INTERNACIONAL
"HUGO GUTIÉRREZ VEGA"

Eduardo Matos Moctezuma

Leonardo López Luján

La Yollotlicue

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN

a *David Carrasco, nuestro teáchcauh*



La Yollotlicue (MNA, inv. 10-1154, andesita, 214 x 159 x 112 cm) y la Coatlicue (MNA, inv. 10-1153, andesita, 252 x 158 x 124 cm), integrantes de un mismo cuarteto escultórico.

FOTOS: ARCHIVO DIGITAL DE LAS COLECCIONES DEL MNA, INAH-CANON



El Templo Mayor y sus *ilhuicatzizquique*.
 Fray Diego Durán, *Historia de las Indias...*,
 vol. 2, cap. XXXX, 1581.

FOTO: BNAH

La información sobre el monolito mexicana de la diosa con falda de corazones es escasa, fragmentaria e incluso contradictoria. Aquí se publican textos poco conocidos y se dan a conocer imágenes inéditas que arrojan luz sobre su biografía cultural.

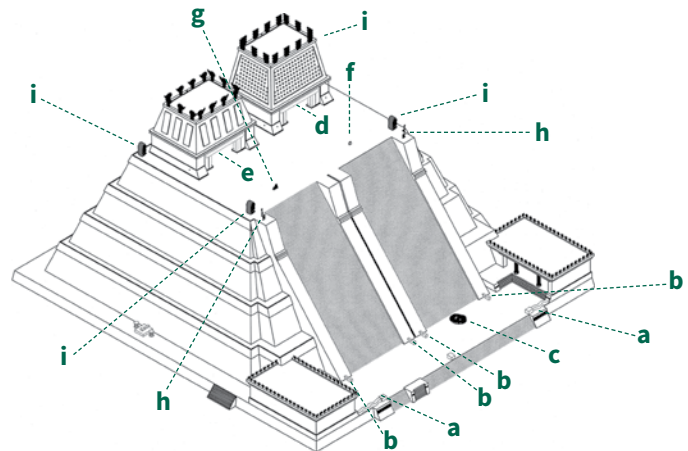
El cuarteto

La Coatlicue, la Yollotlicue, dos fragmentos escultóricos que se encuentran en el jardín del Museo Nacional de Antropología y otro más en la bodega del Museo del Templo Mayor formaban parte de uno de los conjuntos plásticos más espectaculares de la historia del arte universal. Pese a su muy contrastante estado actual de conservación, es claro que estas obras tenían originalmente un tamaño, una fisonomía y un estilo prácticamente idénticos, lo que nos revela que fueron creadas de manera simultánea y por las mismas manos en un taller de la isla de Tenochtitlan con el propósito de compartir un sitio de honor en la pirámide principal del imperio.

La imagen que se replicó al menos cuatro veces a partir de gigantescos bloques de andesita es la de una tan venerada como temida deidad cosmogónica. Su cuerpo humano con pliegues en el vientre y senos flácidos nos habla no sólo de su naturaleza femenil, sino también de sus maternas funciones generadoras y proveedoras. De su torso decapitado y sus muñecas

amputadas surgen amenazadoras serpientes que la distinguen como una víctima, pero también como una victimaria. Sus piernas, igualmente cercenadas, se sustituyen con sendas garras de águila, indicando sus capacidades de vuelo. La diosa lleva por prendas un collar con un cráneo humano flanqueado por cuentas de manos y corazones, un par de muñeque-

ras dobles, una falda que puede ser de serpientes o de corazones, dos ajorcas de cascabeles en los tobillos y seis mascarones telúricos sobre hombros, codos y garras. De la base de la espalda pende una doble *citlalicue*, divisa propia de las temibles diosas *tzitzimime*, la cual está compuesta por un cráneo, plumas de águila, tiras de cuero trenzadas y caracoles oliva. El mensaje ico-



Principales esculturas del Templo Mayor: **a)** Serpientes de cuerpos ondulantes. **b)** Cabezas de serpientes. **c)** Coyolxauhqui. **d)** Huitzilopochtli. **e)** Tláloc. **f)** *Téhcatl*. **g)** *Chacmool*. **h)** *Petlacontzizquique*. **i)** *Ilhuicatzizquique* (Coatlicue y Yollotlicue).

DIBUJO: TENOCH MEDINA, CORTESIA PTM



Proceso de demolición del Colegio Seminario y el Colegio de Infantes en 1933: **a)** Inicio en la fachada principal. **b)** Trabajos en la esquina noreste. **c)** Predio liberado.

FOTOS: COORDINACIÓN NACIONAL DE MONUMENTOS HISTÓRICOS, INAH

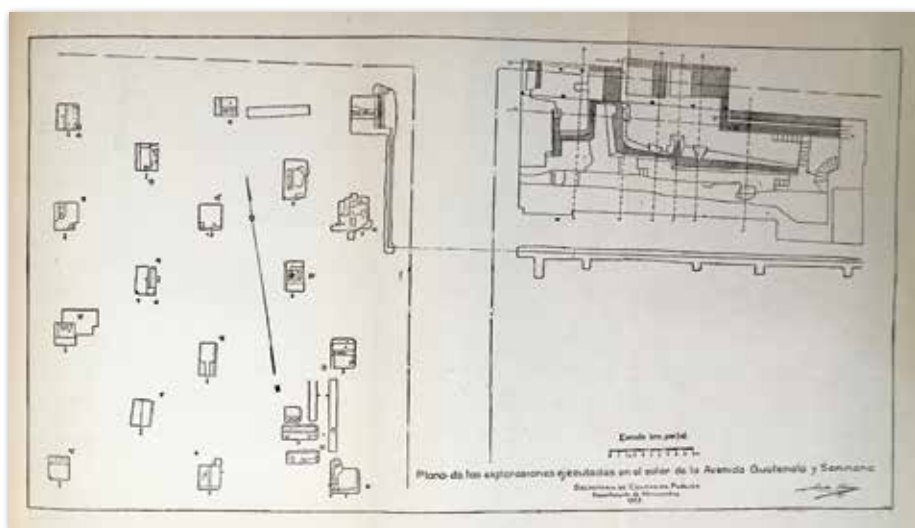


nográfico se completa con una fecha 12 caña en el dorso, que remite al cariz nigromántico del personaje, y con un Tlaltecuhltli masculino en la base, cuya advocación es reiterada por la fecha 1 conejo, conmemorativa de la creación de la tierra.

Yoliliztli/Vida

El Huei Teocalli o Templo Mayor de Tenochtitlan sumaba, a su riguroso plano arquitectónico marcado por las oposiciones binarias, un programa artístico de un profundo simbolismo religioso. Su base, tachonada por decenas de esculturas de ofidios de formas y tamaños diversos, recordaba a los fieles que esta pirámide era una réplica terrenal del Coatépetl (el “Monte de las Serpientes”), escenario mítico donde el solar Huitzilopochtli triunfó sobre sus hermanos: la selénica Coyolxauhqui y los estelares *centzonhuitznáhuah*. Las efigies pétreas de estos delegados de las fuerzas nocturnas yacían abajo, en la plataforma, orientadas hacia el ocaso y en obvia actitud de derrota. En franco contraste, la imagen del dios patrono de los mexicas se ubicaba en la cumbre del edificio, ocupando la capilla meridional, en una posición cenital de majes-





Plano de ubicación de las excavaciones del arqueólogo Manuel Gamio en 1914 (*derecha*) y del arquitecto Emilio Cuevas en 1933 (*izquierda*).

TOMADO DE IGNACIO MARQUINA, 1960

tad y acompañada de la pequeña talla de su advocación Páinal. A escasos metros, en el interior de la capilla septentrional, se encontraba la imagen de Tláloc, numen de la tierra, las precipitaciones y la fertilidad resultante que fungía como la contraparte cósmica de Huitzilopochtli. Además de estas dos grandes figuras de culto labradas en piedras volcánicas, los documentos escritos y las pictografías del siglo XVI nos informan de otras menores, elaboradas con masa de amaranto o con madera, las cuales se guardaban en distintos compartimentos de las capillas y se sacaban en andas los días de procesión.

Igualmente en la cima del Templo Mayor, aunque afuera de las capillas, había ocho esculturas más. Dos de ellas fungían como bases sacrificiales, una meridional asociada a Huitzilopochtli (un sobrio *téhcatl* poliédrico) y una septentrional vinculada a Tláloc (un colorido *chacmool*). Las otras seis son descritas por el cronista mexica Hernando Alvarado Tezozómoc. Un primer grupo estaba integrado por dos portaestandartes en los que se insertaban las enseñas que anunciaban a los fieles la realización de las ceremonias. Este par, que flan-

queaba la escalinata doble y figuraba jóvenes varones, recibía el nombre de *petlacontzitzquique* (los “sostenedores de las insignias divinas”). Un segundo grupo se conformaba de cuatro grandestallas llamadas *tzitzimime ilhuicatzitzquique* (las “tzitzimimes sostenedoras del cielo”), horripilantes seres femeninos y nocturnos –a la vez de la tierra y del cielo– que habían devorado a la humanidad al fin del Sol Jaguar y que volverían a hacerlo al concluir el Sol de Movimiento. El dominico Diego Durán las describe como unos “bestiones” que, en tanto cuarteto, estaban “puestos de suerte que parecía que toda la cuadra estribaba en ellos”. En su *Historia* aparecen curiosamente dibujadas como monstruos que mezclan atributos de *tzitzimime* mexicas (senos flácidos, hígado expuesto, garras agudas) y de demonios cristianos (ojos redondos, orejas puntiagudas, pelo hirsuto en el cuerpo).

El conquistador Andrés de Tapia –quien ascendió al Templo Mayor con Hernán Cortés y una decena de hombres a los pocos días de haber llegado a Tenochtitlan en noviembre de 1519– recuerda haber mirado allá arriba unos “ídolos” de “piedra de

grano bruñida” de “casi tres varas de medir” (unos 2.5 m) y el “gordor de un buey”. Tenían, según apunta en su relación con memoria cuasi fotográfica, “unas culebras gordas ceñidas”, “collares cada diez o doce corazones de hombre” y un “rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne”.

Esta reveladora y muy puntual descripción hizo concluir a principios del siglo XX, a un perspicaz Eduard Seler, que los españoles se habían parado frente a la mismísima Coatlicue (¡que mide 2.52 m de altura y posee esos mismos rasgos!) y, décadas después, a Jorge Gurría, que seguramente vieron también a la Yollotlicue. En fechas más recientes, tanto Elizabeth H. Boone como Alfredo López Austin y el autor de estas líneas identificamos al grupo escultórico de la Coatlicue y la Yollotlicue con las *tzitzimime ilhuicatzitzquique* de Tezozómoc. De acuerdo con nuestras propuestas, en tanto “sostenedores del cielo”, estos cuatro monolitos habrían ocupado originalmente los ángulos suroeste, sureste, noreste y noroeste de la explanada superior del Templo Mayor, rodeando y realzando las capillas de Huitzilopochtli y Tláloc.

Miquiztli/Muerte

Aparentemente basada en el dicho del conquistador Alonso de Ojeda, la *Crónica de la Nueva España*, del canónigo Francisco Cervantes de Salazar, narra el doloroso momento en el que las imágenes religiosas del Templo Mayor fueron bajadas por los fieles desde la cúspide para ser sustituidas por las de "Cristo, dios verdadero, y la de su bendicta Madre" a fines de 1519:

...vinieron muchos indios con muchas maromas [cuerdas] y unos vasos que son como los con que varan

los navíos [narras], y subieron a lo alto donde el gran ídolo estaba casi cuatrocientos [innumerables] hombres, con mucha cantidad de esteras de enea y de asentaderos de a braza [1.67 m] y hicieron una cama muy grande, que tendría medio estado, en alto [unos 75 cm], para poner el ídolo encima, que no se quebrase, porque él y otros que a par dél estaban, según he dicho eran muy grandes.

Según la *Crónica*, la maniobra se vivió en total silencio y con un enorme dramatismo:

No pudieron abaxar estos ídolos con tanta destreza que por su pesadumbre y grandeza no se quebrasen algunos pedazos muy pequeños, los cuales los sacerdotes y los que más cerca se hallaron cogieron y envolvieron en los cabos de sus mantas como reliquias de unos sanctos; tanta era su superstición... Hicieron esto con tan gran concierto y tan sin voces, que no suelen hacer nada sin ellas, que puso en espanto a los nuestros. Puesto desta manera el un ídolo en lo baxo del templo, baxaron el otro por la misma arte,



Noticias del descubrimiento de la Yollotlicue en 1940: a) César Lizardi Ramos, *Excelsior*, 31 de julio. b) Anónimo, *El Nacional*, 1 de agosto.

REPROGRAFIA: L. LÓPEZ LUJÁN

ypuestos en unas como andas muy grandes, en hombros las llevaron los sacerdotes, y la caballería y la demás gente, que no tenía número, los acompañaron hasta ponerlos donde nunca los nuestros jamás los vieron, ni por cosas que les dixeron lo quisieron descubrir.

Como es sabido, la Coatlicue y la Yollotlicue tuvieron entonces suertes distintas. La primera trascendió el límite sur del recinto sagrado para ser arrojada al borde de la acequia real, en el ángulo sureste de nuestro actual Zócalo. Allí sería encontrada boca abajo, casi intacta y a escasos 111 cm de la superficie, el 13 de agosto de 1790. Los pormenores del hallazgo son bien conocidos por el registro que del acontecimiento hiciera el astrónomo y anticuario novohispano Antonio de León y Gama, así como por un expediente legal que se atesora en el Archivo Histórico de la Ciudad de México. La segunda, en cambio, apareció siglo y medio más tarde, irremisiblemente dañada y frente al Templo Mayor...

Nezcaliliztli/Resurrección

Varios autores consignan lacónicamente que la Yollotlicue fue redescubierta en el ángulo noreste del complejo catedralicio. En esa zona, de acuerdo con la cuidadosa investigación de Gabriela Sánchez Reyes, se erigieron tres importantes edificios religiosos en el periodo virreinal: el Colegio Seminario (1697) y el Colegio de Infantes (1726) al norte, y el Sagrario Metropolitano (1768) al sur. Así quedó delimitado un espacio abierto que ha recibido los nombres sucesivos de Patio de los Canónigos, Plaza del Seminario y Plaza Manuel Gamio.



Pectoral encontrado cerca del monolito de la Yollotlicue. Fue elaborado con un caracol marino de la especie *Aliger gigas* (MNA, inv. 10-678, concha, 15.9 x 8.9 x 3.2 cm).

FOTO: ARCHIVO DIGITAL DE LAS COLECCIONES DEL MNA, INAH-CANON

En 1862, al inicio de la intervención francesa, los dos colegios en cuestión fueron vendidos a particulares y consagrados a los más variados usos, según consta en documentos notariales, además de mapas, fotografías y publicidad de la época. En una prolongada lista llaman la atención los nombres de los hoteles “Seminario” y “Central”; las zapaterías “Excélsior”, “La Bota Bronceada” y “La Botita de Moda”; los

café “del Ecuador” y “de las Escalerillas”; la pulquería “La Sonámbula”; el almacén y droguería “del Seminario”; el “Teatro América”; la cantina y billar “La Gran Sociedad”, y la “Imprenta Española”. Estas construcciones también alojaron en algún momento un cuartel, una vecindad, una fonda, una tienda de ultramarinos finos, una pastelería y el consulado de los Estados Unidos. Por su parte, el Patio de los Canónigos fue escenario privilegiado de los circos “Imperial Brasileño” y “de los hermanos Orrin”; un teatro y una carpa de títeres; un quiosco de madera para venta de libros y pájaros, y un sitio de taxis. Este concurrido espacio, en el trienio 1923-1925, se enriqueció con unos baños públicos subterráneos y con la fuente de fray Bartolomé de las Casas, obra del escultor José María Fernández Urbina.

Todo cambió en el año de 1933 cuando, haciendo suyo un viejo proyecto del historiador del arte Manuel Toussaint, el secretario de Hacienda Alberto J. Pani ordenó demoler el Colegio Seminario y el de Infantes para erigir allí un nuevo Museo de Arte Religioso, ideado bajo un diseño neobarroco del arquitecto Manuel Ituarte. Como era de esperarse, la liberación de esta amplia superficie, de unos 4 180 m², aceleró los descubrimientos arqueológicos al pie del Templo Mayor. Esto sucedió entre el 13 de marzo y el 2 de junio de aquel año.

La hemerografía

Según informa *El Nacional* en sus ediciones del 17 y el 18 de marzo de 1933, al inicio de la demolición se pensaba trasladar la fuente de fray Bartolomé a la Plaza de El Volador. Sabemos, empero, que ese cuadrángulo sería pron-



La Yollotlicue en el contexto de su descubrimiento: **a, b)** En la fosa con Lorenzo Gamio. **c, d)** Traslado al Museo Nacional.

FOTOS: SINAFO, INAH

to destinado al adusto edificio de la Suprema Corte de Justicia. Para el 2 de junio, el mismo diario notifica el cambio de planes: la fuente se llevaría a una plaza de la popular colonia de la Bolsa (Tepito), lo que tampoco sucedió. Seis días más tarde, *El Nacional* da a conocer los primeros hallazgos arqueológicos por debajo de los dos colegios, aunque desalentadores: “al nivelar algunos cimientos de los edificios que fueron demolidos solamente se pudo encontrar cerámica y algunos indicios de construcciones precortesianas”. Al final de ese mismo artículo, se recaba una declaración premonitoria del arqueólogo Alfonso Caso: “bajo esa amplia superficie, hay reliquias muy interesantes”.

Sin embargo, estando Caso más interesado en buscar la enigmática “Piedra Pintada” entre el Palacio Nacional y la Catedral, la Dirección de Monumentos Prehispánicos asignó al arquitecto Emilio Cuevas la tarea de inves-

tigar el terreno desocupado por el Seminario y el Colegio de Infantes. Éste realizó allí 18 excavaciones, entre pozos y trincheras, que distribuyó de manera equidistante. Dada la pronta aparición de la napa freática, Cuevas no pudo profundizar más allá de los 4.2 m. Aun así, logró liberar parte de la esquina suroeste de la plataforma correspondiente a la etapa VI del Templo Mayor, algunos pisos superpuestos del recinto sagrado, un par de losas con relieves, así como cuantiosos clavos arquitectónicos, estacas de cimentación, artefactos de obsidiana y huesos de animales originarios del Viejo Mundo. También recuperó abundante cerámica, el 87% de la cual era del periodo virreinal, por lo que la turnó para su análisis a la Dirección de Monumentos Coloniales. El resto de los tepalcates fue estudiado por el arqueólogo Eduardo Noguera, quien identificó principalmente loza alisada y los tipos Azteca III y IV. Por su par-

te, el antropólogo físico Javier Romero se dio a la tarea de examinar un osario colonial. En septiembre de aquel año y como consecuencia de la dimisión del secretario Pani, el proyecto del Museo de Arte Religioso fue suspendido, y el terreno quedó en calidad de lote baldío, delimitado por tablonés de madera y ocupado por vegetación arbustiva. Esto puede constatar-se, por ejemplo, en una toma cenital de 1936 realizada por la Compañía Mexicana de Aerofoto.

Para 1940 y por razones que desconocemos, se retomó la construcción del museo y, para echar sus cimientos, se excavó una gigantesca fosa. El historiador y periodista Rafael García Granados, en su columna “Nuestra ciudad” de *Excelsior*, correspondiente al 29 de julio, se adelantó con las primicias. El primer hallazgo, nos dice con júbilo, fue “un interesante pectoral, acerca del cual el sabio arqueólogo don Eduardo Noguera, disertará



próximamente ante la Sociedad Mexicana de Antropología”. Gracias al artículo y la fotografía de la portada que Juan de Dios Bravo publicó en noviembre de ese año en la revista *Divulgación Histórica*, sabemos que a esta pieza de concha se le atribuyó desde un principio un origen huasteco. Por obvia curiosidad, Bravo se pregunta en su escrito si el pectoral habría sido traído desde tan lejos a la antigua Tenochtitlan por un prisionero que fue sacrificado a Huitzilopochtli o quizás por un sacerdote de aquellos lares que lo ofrendó en el Templo Mayor. No obstante, a decir de nuestro colega Adrián Velázquez, el labrado y la ausencia de calados en dicha pieza harían sospechar que se trata más bien de una imitación “huastecoide” elaborada en la Cuenca de México.

García Granados también nos revela que cuando el arquitecto Luis García Remus, de la Dirección de Bienes Nacionales, hacía una inspección de los trabajos de cimentación, se percató de que uno de los peones estaba intentando vender el pectoral a unos turistas norteamericanos por módicos 4 pesos, lo que en nuestros días

equivale como máximo a unos 300 pesos. García Remus le entregó entonces esa misma suma al peón, para luego donar el pectoral al INAH, lo que explica por qué hoy se encuentra en Chapultepec. En una nota reciente, vale decir, el arqueólogo Felipe Solís afirma erróneamente que el pectoral apareció en el edificio de la curia, es decir, en el extremo opuesto del complejo catedralicio.

Volviendo al artículo de García Granados, éste refiere a la Yollotlicue como el segundo hallazgo, acontecido el martes 23 de julio de 1940. No duda en calificarlo como “uno de los monolitos más importantes de la época azteca que se conocen”, puntualizando que está “tallado en un bloque de piedra que mide dos metros quince de altura y que probablemente pesa alrededor de cinco toneladas. Representa una divinidad femenina semejante por diversos motivos a la Coatlícue (falda de serpientes), mas como esta nueva escultura no tiene falda de serpientes, sino de corazones, será menester que los nahuatlats la bauticen con el nombre adecuado”. Agrega don Rafael que en las inmediacio-

nes también se exhumaron “millares de punzones de hueso o de espinas de pescado, que muy probablemente sirvieron para el autosacrificio...” y concluye augurando que “es seguro que al proseguirse las excavaciones para el Museo de Arte Religioso se harán nuevos hallazgos, pues este solar forma parte del recinto del Templo Mayor”.

Dos días después, el jueves 31 de julio, el epigrafista César Lizardi y Ramos publicó un artículo en *Excelsior* en el que argumenta que la fecha 12 caña que lleva la Yollotlicue sobre la espalda no sería de carácter mitológico, sino cronológico: “si se tiene en cuenta la probabilidad de que la escultura haya sido tallada e inaugurada en la época del mayor adelanto artístico de los aztecas, sería lícito escoger 1439, o el 1491” como el equivalente en el calendario cristiano. Opina también que el Tlaltecuhlli tallado en la base del monolito representa a “Tzontémoc (el Sol que se hunde en el ocaso)” y que los “corazones que adornan el vestido de la deidad indican de fijo que se trata de una diosa devoradora de hombres y receptora de sacrificios”. Y remata dan-



Armando García Soldevila y sus tres fotografías: **a)** Con su sobrino Marco Pacheco en 2009. **b)** La gran fosa de excavación con huellas de estacas de cimentación en los perfiles. **c)** La Yollotlicue sobre el camión. **d)** Relieve de la base con Tlaltecuchtli.

FOTOS: ARMANDO GARCÍA SOLDEVILA

do fe de que la Yollotlicue fue encarada a un camión el lunes 29 y llevada al viejo museo de la calle de Moneda el martes 30 a medio día.

Como es de esperarse, *El Nacional* también publicó la noticia del descubrimiento, pero hasta el 1 de agosto, con el titular “Hallazgo arqueológico de enorme importancia”. A una breve descripción del monumento, agrega que connotados arqueólogos hicieron la inspección y supervisión del nuevo monumento: el director del INAH Al-

fonso Caso, así como Eduardo Noguera, Ignacio Marquina y Manuel Gamio. Recordemos que fue entonces cuando Caso bautizó la escultura como “Yollotlicue” (“su falda es de corazones”), nombre descriptivo que parafrasea el de Coatlicue (“su falda es de serpientes”), pero que a diferencia de éste no tiene correlato con alguna divinidad de dicho nombre en las fuentes históricas.

El 12 de agosto de 1940 y en su columna habitual, García Granados

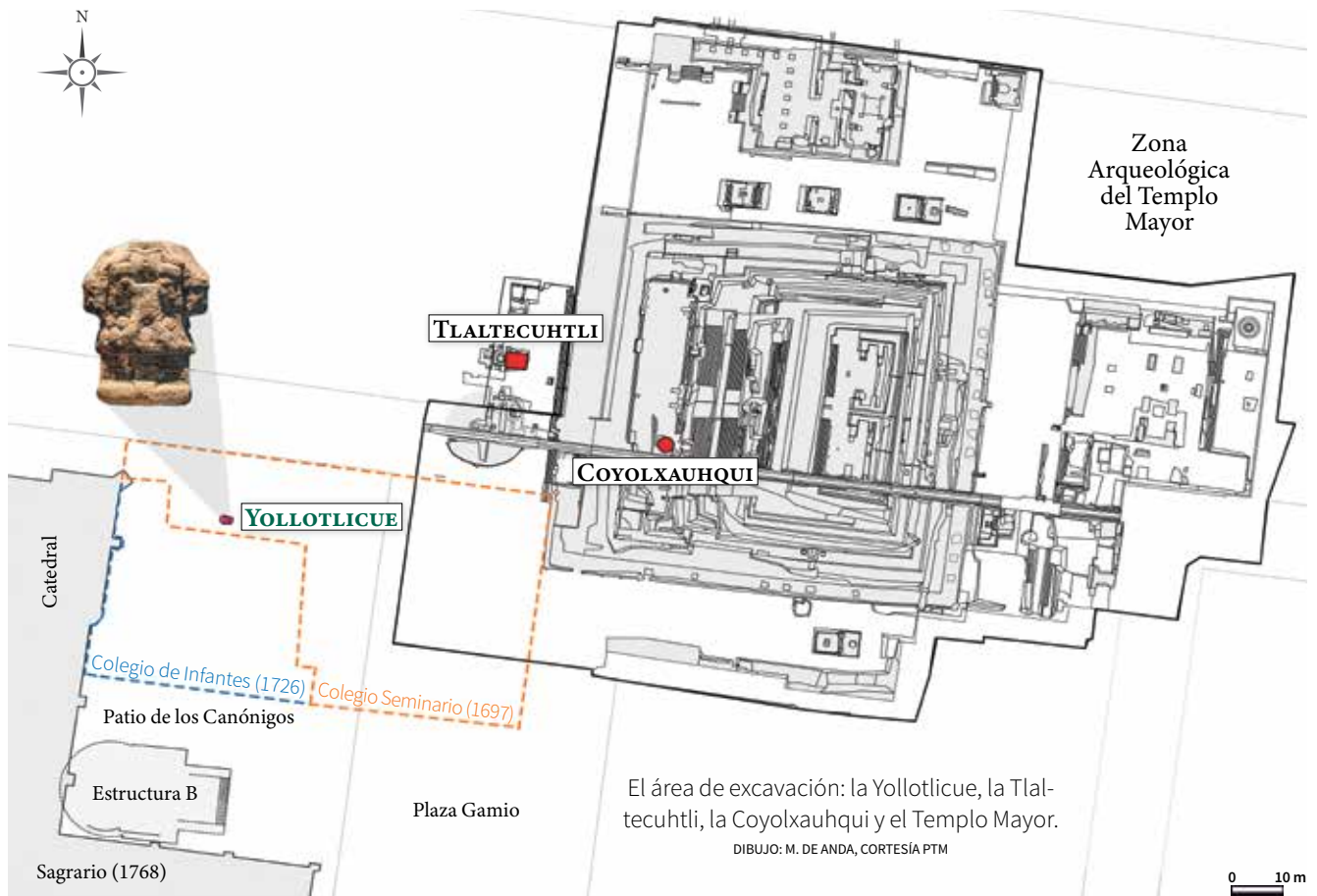
habla de hallazgos postreros, al reportar la aparición de “una sencilla fuente que parece ser colonial” y abundantes tepalcates “de loza mexicana y de porcelana china”. Al poco tiempo, la obra del proyectado museo es definitivamente cancelada, por lo que el tesoro de la Catedral se trasladó a la Capilla de Ánimas, donde sería exhibido hasta 1948, año en que fue conducido al Museo Nacional del Virreinato en el pueblo de Tepotzotlán.



c



d



El área de excavación: la Yollotlicue, la Tlaltecuhтли, la Coyolxauhqui y el Templo Mayor.

DIBUJO: M. DE ANDA, CORTESÍA PTM

0 10 m

La fotografía

La información hemerográfica se complementa con cuatro fotografías de las colecciones de la Fototeca Nacional y otras tres que, en fechas recientes y de manera generosa, nos compartió el prestigiado fotógrafo Marco Pacheco. Estas últimas son tomas de su tío, el arquitecto Armando García Soldevila (1912-2009), quien fue un amante de la fotografía al igual que su padre Honorato. No está por demás añadir que don Armando era un buen conocedor del arte mexicano de todos los tiempos, gusto que le inculcaron sus profesores Federico Mariscal, Carlos Margain, Roberto Gallegos, José Servín, Justino Fernández y Xavier Moysén. Curiosamente, días después de recibir su título en la Escuela Nacional de Ar-

quitectura (en la Academia de San Carlos), don Armando pasó por la Catedral y capturó con su lente el histórico momento en el que la Yollotlicue estaba siendo subida al camión. Como hemos dicho, esto sucedió el 29 de julio de 1940.

El análisis de esas fotografías nos permite hacer una suerte de “arqueología de la arqueología”. Es claro en ellas que el monolito se detectó a unos 14 m al sur de la calle de Guatemala y a unos 63 m de la calle de Argentina y la plataforma del Templo Mayor descubierta por Cuevas, justo al pie de la capilla de Huitzilopochtli. Yacía en un relleno de la época colonial a aproximadamente 3.5 m de profundidad. Estaba recostado boca arriba y con la base hacia el oriente. Se observan en las tomas varios camiones, el más an-

tiguo de los cuales, propiedad de una compañía con sede en Serapio Rendón 12, está dotado de resistentes ruedas de metal, un malacate, un polipasto y una plataforma sobre la que se transportó la Yollotlicue al Museo Nacional, localizado a apenas 350 m de distancia.

En *El Templo Mayor de México*, Marquina señala que “el arqueólogo Lorenzo Gamio, que estaba encargado de vigilar las excavaciones, encontró una enorme escultura muy parecida a la Coatlicue”, aunque fechó el acontecimiento en 1933. En varias tomas, además de los operarios y alguien que pudiera ser Noguera, se observa un joven con sombrero, chaqueta, corbata y pantalón de vestir; tiene una complexión mediana, cabello rizado, frente amplia, ceja poblada, ceño

fruncido y bigote. Joyce Marcus y Eduardo Matos, quienes conocieron a Lorenzo Gamio, nos aseguran que ese joven es él, identificación que nos ha corroborado su sobrina Amalia Gamio Ríos.

Vale agregar que Lorenzo Gamio González (1916-2001) fue sobrino de Manuel Gamio y que seguramente de él heredó el gusto por las antigüedades. Se dice que, de manera precoz, Lorenzo asistió a Noguera en sus excavaciones de la Plaza de El Volador en 1936-1937, cuando se hicieron los cimientos de la Suprema Corte. Luego lo habría acompañado a Xochicalco, Cuernavaca, Jiquilpan y Tehuacán. En 1943, Lorenzo fue enviado a Monte Albán a suplir al difunto José Ramón Pérez como encargado del si-

tio. Quedó entonces enamorado de Oaxaca y sus civilizaciones prehispánicas, por lo que decidió dedicarles el resto de su vida. Allá estuvo a cargo del Museo y de la Inspección de Monumentos Arqueológicos del estado, lo que lo llevó a explorar sitios como Zaachila, Cuilapan, Suchilquitongo, Etla, Chazumba, Chalcatongo, Jicotlán, Las Peñitas, Huamelulpan y Yagila. Sin embargo, hoy es mejor conocido por sus excavaciones en Yagul y Dainzú, al lado de Ignacio Bernal.

Serpientes y corazones

La Coatlicue y la Yolotlicue, hemos visto, son excelsas representaciones de la diosa tierra, madre de todas las criaturas en el arranque del tiempo y

su devoradora cuando se cierra el ciclo. Sus cuatro réplicas ocupan los extremos del universo, donde cumplen la función de cocodrilos/árboles cósmicos como sostenedores del cielo. En tanto deidades *dema*, poseen todas cuerpos decapitados y amputados, aunque presentan una ostensible diferencia en la decoración de sus faldas. Alfredo López Austin veía simbolizados en ellas los poderes de la generación y el crecimiento, los cuales estaban contenidos en la montaña sagrada y eran liberados a través de las cuevas: las serpientes aludirían a las fuerzas del agua y la vegetación, en tanto que los corazones a las semillas. Por su parte, Michel Graulich los percibía como símbolos del líquido y del órgano vitales de los seres humanos, que la tierra reclama cuando perece para crear el mundo con su cuerpo desgarrado. A todas luces, no son excluyentes las propuestas de estos dos investigadores, que se profesaron una amistad y una admiración mutuas, pues nos hablan tanto de la dimensión creadora como destructora de la diosa. En ese sentido, no sólo Coatlicue/Yolotlicue, sino también Tlaltéotl, Tlaltecuhтли, Cihuacóatl y las *tzitzimime*, son aspectos de la vida misma que engendra la muerte y de la muerte de la que renace la vida... **am**

Agradecimientos

Jorge Daniel Ciprés, Michelle De Anda, Daniel Díaz, Amalia Gamio, Ángeles González Gamio, Joyce Marcus, Eduardo Matos, Marco Pacheco, Iván Rivera, Linda Aidé Rodríguez, Gabriela Sánchez, Javier Urcid, Adrián Velázquez y Samara Velázquez

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París Nanterre, director del Proyecto Templo Mayor-INAH y miembro de El Colegio Nacional.

Para leer más...

- BOONE, Elizabeth H., "The 'Coatlicues' at the Templo Mayor", *Ancient Mesoamerica*, vol. 10, 1999, pp. 189-206.
- BRAVO, Juan de Dios, "El pectoral huasteco en el Templo Mayor", *Divulgación Histórica*, vol. 2, núm. 1, 1940, pp. 3-5.
- CARRASCO, David, *City of Sacrifice*, Beacon Press, Boston, 1999.
- CASO, Alfonso, *Los calendarios prehispánicos*, UNAM, México, 1967.
- CUEVAS, Emilio, "Las excavaciones del Templo Mayor de México", *Anales del MNAHE*, vol. 1, 1934, pp. 253-256.
- GARCÍA GRANADOS, Rafael, "Nuestra ciudad", *Excelsior*, 29 de julio de 1940, p. 5.
- _____, "Nuestra ciudad", *Excelsior*, 12 de agosto de 1940, p. 5.
- GONZÁLEZ ESPERÓN, Luz María, *Perfiles de Oaxaca*, IOC, Oaxaca, 2004.
- GRAULICH, Michel, "Las grandes estatuas aztecas de Coatlicue y de Yolotlicue", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 60, 2020, pp. 227-272.
- GURRÍA LACROIX, Jorge, "Andrés de Tapia y la Coatlicue", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 13, 1978, pp. 23-34.
- LIZARDI RAMOS, César, "Un monolito del siglo XV", *Excelsior*, 31 de julio de 1940, p. 5.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, FCE, México, 1994.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, y Leonardo López Luján, *Monte sagrado-Templo Mayor*, INAH-UNAM, México, 2009.
- MARQUINA, Ignacio, *El Templo Mayor de México*, INAH, México, 1960.
- MATEOS HIGUERA, Salvador, "Herencia arqueológica de Mexico-Tenochtitlan", en E. Matos (coord.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México (antología)*, INAH, México, 1979, pp. 205-275.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, y Leonardo López Luján, *Escultura monumental mexicana*, FCE, México, 2012.
- NOGUERA, Eduardo, "Estudio de la cerámica encontrada en el sitio donde estaba el Templo Mayor de México", *Anales del MNAHE*, vol. 1, 1934, pp. 267-282.
- RIVERA GUZMÁN, Ángel Iván, "Lorenzo Gamio y los inicios de la arqueología en la Mixteca Baja", *Arqueología*, núm. 36, 2007, pp. 240-246.
- ROMERO, Javier, "Estudio de la osamenta procedente de las excavaciones de la Plaza del Seminario", *Anales del mnahe*, vol. 1, 1934, pp. 287-290.
- SÁNCHEZ REYES, Gabriela, "Origen y desarrollo de la Plaza del Seminario, Ciudad de México", *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 17, 2009, pp. 22-46.
- SELER, Eduard, "Excavations at the Site of the Principal Temple in Mexico", en *Collected Works*, vol. 3, Labyrinthos, Culver City, 1992, pp. 114-193.
- SOLÍS, Felipe, "El pectoral de concha huasteco del Templo Mayor", *Arqueología Mexicana*, núm. 80, 2006, p. 16.
- TOUSSAINT, Manuel, *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano*, Editorial Porrúa, México, 1992.